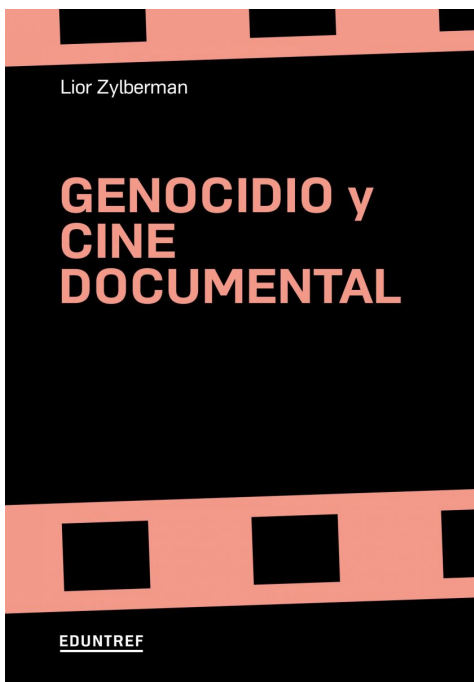


Sobre Lior Zylberman. *Genocidio y cine documental*. Buenos Aires: EDUNTREF, 2022, 248 pp., ISBN: 978-987-8359-43-4.

Por Javier Campo*



¿Qué no queremos comprender? ¿De qué se nos protege? Pregunta Lior Zylberman a propósito de los “imposibles” o “prohibidos” caminos o temas de representación, registro o discurso cinematográfico. Ocluir obstruye el conocimiento. En fin, “la imposibilidad no debe ser el camino a seguir”, afirma para remarcar uno de los puntos de vista fuertes que sostiene en *Genocidio y cine documental*. Un libro caracterizado por la “exhaustividad” en la cita y el análisis de una gran cantidad de films, como destaca Daniel Feierstein, autor del prólogo.

Favorablemente el trabajo de Zylberman es mucho más que un catálogo ordenado de documentales sobre genocidios; avanza sobre puntos nodales de discusión que preocupan a los investigadores de cine documental en general.

El libro de Lior Zylberman, producto de años de investigación a través de su tesis de maestría, de doctorado, y actualmente como investigador del CONICET y como profesor en varias universidades nacionales, resulta una indagación que hace hincapié en que los “documentales nos ayudan a explicar lo sucedido”, otra idea-fuerza que contribuye a las discusiones sobre estatutos (a veces rodeados de fantasmas) del cine documental. Asimismo, en la Introducción ya deja en claro la noción amplia de genocidio con la que trabaja, siguiendo las investigaciones de Feierstein, en tanto social, político y cultural. Con la voluntad de relacionar el “ver” y el “conocer” el cine documental sobre

genocidios, sea en su vertiente “expresiva” (los films que hacen hincapié en las consecuencias familiares) cuanto en aquella en que se dedican a describir las causas históricas de los crímenes, trabaja las imágenes y sonidos porque allí hay verdades en bruto.

El cine resulta ser un vector de memoria. Y el cine, asociado a las reflexiones anteriores, surge como apoyo a la ciencia, destaca Zylberman. Interesante subrayado que, a veces, pretendemos olvidar. Los Lumière eran inventores y no cineastas (aunque tomemos a Edison como el precursor, la conclusión es idéntica), es decir, que pretendían crear un aparato que registrara lo real. Luego vendrán los usos espectacularizantes de aquella extraordinaria maquinaria, pero luego. Completa el primer capítulo un balance y gran repaso histórico que también incluye la historia de la fotografía; mientras que en el segundo capítulo se dedica a escudriñar en las características de diferentes genocidios y los modos de representarlos.

El tercer capítulo es aquel en el cual destaca su punto de vista sobre esas “imposibilidades” que asoman cada tanto entre los estudiosos del cine y realizadores cinematográficos. Afirma que con 1500 films sobre el Holocausto podemos reflexionar sobre si estamos ante el paradigma del genocidio, visto desde el ángulo cinematográfico. Lo cierto es que quienes decidieron utilizar el cine para representar al mayor “crimen entre todos los crímenes”, discutieron la idea de qué acciones/planificaciones puedan ser “irrepresentables”. Más bien, los pruritos parecen querer negar que se trató de “un crimen humano”. Y los films documentales sobre genocidios nos recuerdan que es necesario explicar/entender las acciones, en tanto son perpetradas por nuestra especie.

El cuarto capítulo es el que se adentra en un territorio rugoso para las discusiones sobre cine documental, dado que es el que incluye la problematización de la ética mediante el escudriñamiento del punto de vista de perpetradores, víctimas y liberadores. Asimismo, el autor destaca otra línea

transversal que atraviesa a las producciones, que es la de las imágenes capturadas y divulgadas durante un genocidio o con posterioridad. Es interesante remarcar, con respecto al punto de vista de los perpetradores, que la “mirada justiciera” suspende la ética “para arrancarle su imagen” a quien primero suspendió la ética o quitó la categoría de humana a la población que sería víctima de su genocidio; sin dejar de considerar que hay un peligro implícito en todos los films que contienen la palabra de los perpetradores: “solo dejarlos hablar”. Sin enmarcar sus discursos, los films pueden convertirse en espacios de difusión de las ideas de genocidas, o al menos que se banalicen los efectos de sus políticas, pareciéndonos así viejitos simpáticos (algo que por momentos puede sucedernos cuando miramos los films de Joshua Oppenheimer). En fin, será en la década de 1980 cuando la voz de los testigos se convierta en “palabra indiscutible”. Con un extenso repaso por una gran cantidad de films, Zylberman nos hace ver los diferentes matices a considerar cuando hablamos de discursos documentales sobre los genocidios. Entre aquellos documentales es muy importante el lugar que ocupa *Shoah* (Lanzmann, 1985), señalado como el “mayor logro del *Cinema vérité*”, naturalmente entre muchos otros films que el investigador argentino presenta y analiza.

El quinto capítulo avanza decididamente en el análisis de films con la generación de motivos y funciones, con el auxilio de diversos teóricos (como Michael Renov). Los motivos los divide en tres áreas: el elemento humano, el espacio y la metodología. En la puesta a prueba de estas nociones de orden teórico con el estudio de los films se hace patente la tirantez del cine documental “entre la evidencia y la expresión”. Un recorrido intelectual que nos señala diferentes estrategias retóricas se ha puesto en funcionamiento cuando se trató de representar genocidios. Para finalizar el libro se encuentran las conclusiones y un valioso anexo de films documentales sobre genocidios con breves descripciones de sus líneas temáticas.

Genocidio y cine documental viene a ocupar un espacio que, en la Argentina, quizás en América Latina, estaba vacante. Un libro que contiene reflexiones, análisis y produce teoría del cine con una mirada situada, local, aunque apoyándose en la gran cantidad de bibliografía que sobre cine y genocidio se ha escrito en el mundo. Por otra parte, el trabajo de Lior Zylberman nos ayuda a pensar más allá del Holocausto, a considerar otros genocidios, a ver otros films menos vistos, no canónicos. Es un libro extremo, por la densidad del tema y las problemáticas atravesadas; pero sin dudas contundente por sus planteamientos. Un libro insoslayable, tanto para quienes quieran estudiar corpus de films sobre genocidios como para quienes quieran hacer teoría del documental desde el sur, una tarea valiente a la que pocos se han atrevido con decisión. Como Lior Zylberman.

* Javier Campo es Doctor en Ciencias Sociales (UBA). Docente en la Universidad Nacional del Centro de la Provincia de Buenos Aires (UNICEN) e Investigador del Consejo de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET). Miembro de la Asociación Argentina de Estudios de Cine y Audiovisual (AsAECA). E-mail: javocampo@yahoo.com.ar